

NEW LEFT REVIEW 99

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2016

ENTREVISTA

JULIA BUXTON Venezuela después de Chávez 7

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN ¿Una era de progreso? 30

JOACHIM BECKER La otra periferia de Europa 42

MANALI DESAI Violencia de género en India 71

RODRIGO OCHIGAME Y

JAMES HOLSTON Filtrar la disidencia 90

SVEN LÜTTICKEN El arte y la crisis del valor 118

CRÍTICA

ECE TEMELKURAN El modelo turco 146

NICHOLAS DAMES Ficciones del capital 157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

VIOLENCIA DE GÉNERO Y EL CUERPO POLÍTICO DE INDIA

LA PARADOJA DE la violación es que, aunque su historia se remonte en el tiempo y sea recurrente en todos los países, la mejor manera posible de captar su sentido es mediante un análisis de los entornos sociales, culturales y políticos específicos. Los escritos feministas sobre la ciudadanía y el Estado llevan mucho tiempo señalando la relevancia de los cuerpos de las mujeres en tanto reproductores de la nación; igualmente importante es reflexionar acerca de los usos del cuerpo sexuado en un contexto político. Una reflexión sobre la violencia de género como parte de un *continuum* de aserciones de poder encarnadas puede contarnos no solamente cómo la supremacía masculina se perpetúa a través de repertorios de comportamientos tolerados, sino también ayudar a entender cómo se afirman las formas de dominación de clase, de parentesco y étnica y qué ocurre cuando estas se perturban. La violación, ha señalado Joanna Bourke, es una forma de *performance* social: forzar ritualmente otro cuerpo sexuado¹. Esto es igualmente cierto en el caso de formas de violencia aparentemente despolitizadas pero no menos dolorosas, como la ya notoria violación colectiva de Jyoti Singh, una joven que regresaba de una noche de fiesta en Nueva Delhi en diciembre de 2012.

En un país donde la norma, en lo que se refiere a las agresiones sexuales, ha sido siempre la complacencia, el clamor que siguió a este incidente daba a entender que se había traspasado un límite tácito. Las protestas masivas a lo largo de toda India expresaban una ira pública realmente política frente a la apatía institucional y la impunidad propiciada por el sistema. La movilización de los grupos feministas y juveniles durante este episodio consiguió generar una potencia de cambio y, sobre todo,

¹ Joanna Bourke, *Rape. A History from 1860 to the Present*, Londres, 2007, p. 6.

logró desafiar el estigma asociado con el gesto de denunciar una violación. A partir de 2012, las violaciones denunciadas aumentaron, aunque parece que esto haya alcanzado ya su tope. Una panoplia de leyes, redactadas tras consultar con abogadas feministas y grupos de mujeres, ha ampliado la definición de violación para incluir otras formas de violencia y agresión, como son el acoso y el derramamiento de ácido. Pero la mejor ley del mundo no puede resolver este problema sin una adecuada reforma institucional y cultural. En un país donde, se dice, muchas mujeres experimentan un «*continuum* de violencia [...] desde la cuna hasta la tumba», la evidencia del carácter sistémico de las agresiones «ampliamente toleradas por el Estado y la comunidad», sugiere que necesitamos comprender las condiciones institucionales que normalizan esta violencia². ¿Qué espacios ocupan los cuerpos de las mujeres dentro de los sistemas de dominación de casta, parentesco y estatal en India? ¿Cómo han transformado el neoliberalismo y el consumismo las viejas prácticas de la coerción sexual y las normas patriarcales? Teniendo en cuenta la naturaleza enormemente ideológica de las representaciones occidentales de la violencia sexual en el Sur global, ¿qué podríamos aprender si colocáramos a India en este marco comparativo?

Una larga historia

La reflexión sobre la violencia de género en India nos revela un patrón constante de impunidad y silencio, forjado en el seno de una economía política más amplia de jerarquía y desvalorización. La violación en grupo es una más entre las muchas formas de agresión que se cometen rutinariamente contra las mujeres en India, entre las que se incluyen la violencia doméstica y la relativa a la dote, el aborto selectivo por sexo, el hostigamiento y el acoso callejero (conocido eufemísticamente como «embromar a Eva») y la violación militar o bajo custodia. En gran medida, estos mecanismos públicos y privados de control operan con impunidad, apoyándose en nociones de honor y vergüenza para ocultar la verdadera extensión del daño. En demasiados casos, las víctimas de violación acaban por suicidarse. El nacimiento de la moderna República de India en 1947, mediante los procesos de la partición y de la independencia, estuvo acompañado también de violaciones colectivas generalizadas y del secuestro de mujeres, algo sobre lo que después se impuso el secreto. Ha sido necesario el trabajo minucioso de las

² Rashida Manjoo, *Report of the Special Rapporteur on Violence against Women, Its Causes and Consequences*, Naciones Unidas, 2015.

historiadoras feministas para desenterrar y exponer hasta qué punto la violencia sexual estuvo implicada en la mismísima fundación de las dos naciones, India y Pakistán³. Ha sido principalmente a través de la historia oral y de la literatura, especialmente mediante los absorbentes relatos de Saadat Hasan Manto, como hemos logrado ver hasta qué punto el honor nacional de los dos Estados recién nacidos se ligaba a la profanación de los cuerpos de las mujeres y a la subsiguiente narración de su rescate de manos enemigas. Los mitos de la violación en India aún representan al lascivo varón musulmán contra los desventurados hindúes, que deben defender a sus mujeres expulsando al agresor.

A partir de 1947, y de manera creciente, la violencia sexual contra las mujeres de las minorías y de las castas inferiores se ha empleado para consolidar las alianzas hindúes de castas. En el pogromo de Gujarat, en 2002, conducido por la derecha nacionalista hindú en el poder, un gran número de mujeres musulmanas fueron violadas en grupo, así como lo fueron cientos de ellas en los pogromos de Bombay, azuzados por el nativista Shiv Sena entre 1992 y 1993⁴. En ninguno de estos casos se ha producido ninguna acusación por delitos sexuales. Paul Brass ha expuesto que la violencia en los conflictos comunales del sur de Asia es un tipo de *performance*, un repertorio de políticas, convertidas ya en algo rutinario, de las que todos los partidos son cómplices; y ha demostrado que estos actos los preparan, ensayan y perpetran agentes muy bien organizados, que constituyen una «máquina institucionalizada de revueltas»⁵. Aunque esta argumentación no tiene en cuenta el empleo creciente de las agresiones de género dentro de los conflictos comunales, está claro que las violaciones han formado parte de este repertorio de violencia en Gujarat y en Bombay, y que fueron diseñadas para aterrozar y humillar a los musulmanes en un momento en el que la victoria electoral del Bharatiya Janata Party [Partido Popular Indio] pendía de un hilo. En este sentido, los cuerpos de las mujeres musulmanas fueron el terreno simbólico y material en el que se afirmaba una identidad hinduista nacionalista hegemónica y transversal a las castas.

³ Urvashi Butalia, *The Other Side of Silence. Voices from the Partition of India*, Durham (NC), 2000.

⁴ Human Rights Watch, *We Have no Orders to Save You. State Participation and Complicity in Communal Violence in Gujarat, 2002*; Human Rights Watch, *India. Communal Violence and the Denial of Justice*, 1996.

⁵ Paul Brass, *The Production of Hindu-Muslim Violence in Contemporary India*, Seattle, 2004.

La violación en grupo se ha empleado también como una táctica de control social, intermitente pero muy potente, en un paisaje político en transformación, donde las castas inferiores se han movilizadado contra la histórica discriminación de casta. La subordinación de los agricultores y jornaleros sin tierras, en su mayoría *dalit* (los antaño Intocables) se consiguió históricamente mediante formas de intimidación y control cotidianas. La década de 1980 se caracterizó por una intensa lucha armada entre las castas superiores y los *dalits*, entonces organizados en el movimiento radical naxalita; la violación en grupo era una forma habitual de castigar la resistencia *dalit*. Desde entonces, la estructura agraria en el norte y el oeste de India ha cambiado, en parte como resultado de la Revolución Verde, que contempló cómo el sistema terrateniente, que tradicionalmente había apuntalado el cultivo del trigo, era parcialmente reemplazado por una nueva elite agraria que emergía de las históricamente subordinadas (pero no intocables) «Otras Clases Retrasadas». En los informes recientes sobre violencia sexual, figura que los varones incluidos en las OCR son acusados de violar a las mujeres *dalit*. En marzo de 2014, por ejemplo, cuatro chicas *dalit* fueron secuestradas y violadas en grupo por varones *jat* en el estado de Haryana (los *jats* se consideran casta superior, pero han estado promoviendo su inclusión en la lista de las OCR para tener así acceso a las cuotas preferentes de educación y de empleo público)⁶. Este fue uno de los varios casos de violaciones en grupo denunciados en Haryana en 2014, cada uno de ellos revelando en alguna medida la connivencia entre grupos de casta, dirigentes rurales y la policía. En un caso anterior, en el estado de Maharashtra, una familia *dalit* de la aldea de Khairlanji fue sometida a una larga campaña de intimidación y acoso por parte de familias de las OCR que buscaban apoderarse de sus tierras. En septiembre de 2001, un amplio grupo de personas pertenecientes a las OCR, que incluía tanto hombres como mujeres, armadas con palos, hachas, cadenas y barras de hierro, atacaron la casa familiar. Los hombres fueron golpeados hasta la muerte, mientras que las mujeres fueron violadas en grupo y después asesinadas. Este es uno de los muchos ejemplos de esta violencia de género casi ritualizada que caracteriza a las apropiaciones de tierras y a las reacciones a la supuesta insolencia de las familias *dalit* cuando se les ocurre resistirse.

De hecho, este *continuum* de violencia se reproduce, incluso aunque las mujeres ganen potencialmente nuevas libertades en el contexto del progresivo desarrollo de India. La violación en grupo de Delhi en 2012 y otras agresiones similares ocurridas desde entonces, son un índice de

⁶ Aradhna Wal, «Reliving a nightmare», *The Hindu*, 17 de mayo de 2014.

los niveles de violencia sexual existentes en las ciudades indias, donde las contradicciones desatadas de la masculinidad y de la polarización de clase producen una presión explosiva. Y, sin embargo, dichas pruebas pueden rápidamente convertirse en material para la fabricación de mitos políticos. «Las violaciones ocurren en India, no en Bharat», proclamó Mohan Bhagwat, líder del Rashtriya Swayamsevak Sangh [Asociación de Voluntarios Nacionales, AVN], el ala militante del PPI⁷. Bharat, el nombre hindi para el país, evoca una India aldeana e idealizada. Y, sin embargo, los datos, aunque no se pueda confiar en ellos, muestran un patrón nada ambiguo: la violencia contra las mujeres sigue siendo principalmente rural. En parte es un reflejo del hecho de que la tasa de urbanización en India ha sido más lenta que la de, por ejemplo, China o Brasil: el 68 por 100 de la población de India aún vive en las áreas rurales, comparado con el 49 por 100 de China y con sólo el 15 por 100 en Brasil. Los mitos sobre la peligrosidad de las ciudades que, en cierto sentido, representan la angustia por la occidentalización, posibilitan también la vigilancia sobre las mujeres y el recorte de sus libertades y ayudan a emplazar la carga de la responsabilidad en las propias mujeres. Los complementos materiales de la identidad moderna en la India neoliberal, los vaqueros y los teléfonos móviles, han sido mencionados como causas de los delitos contra las mujeres⁸. Estas opiniones suele proclamarlas con más frecuencia la derecha hindú, así como los ancianos de las castas patriarcales en los *panchayats* de las aldeas. Ambos enfrentan la autenticidad de la India rural contra una India urbana y corrupta, en pleno declive moral⁹. Pero, en realidad, los datos apuntan a que una gran parte de la violencia contra las mujeres indias tiene sus raíces en las dinámicas rurales de casta, especialmente en la secular lucha por la tierra y por el control de la población obrera de casta inferior. Una vez normalizadas, sin embargo, las representaciones culturales que emergen de una desigualdad tan cruel y coercitiva pueden reproducirse libremente y la circulación de imágenes y personas (las últimas dos décadas han contemplado una enorme migración interna, en su mayoría masculina, sin precedentes en India) hacen cada vez más difícil pensar en la violencia sexual en términos ligados a un territorio.

⁷ «Rapes occur in India, not Bharat: RSS Supremo Bhagat», *Times of India*, 4 de enero 2013.

⁸ Recientemente, un consejo de casta prohibió a las chicas menores de dieciocho años los teléfonos móviles, apelando a su empleo para establecer relaciones con chicos y para «invitar» a que se cometieran delitos contra ellas: *Times of India*, 19 de febrero de 2016.

⁹ International Human Rights Clinic, UC Berkeley, School of Law, *Access to Justice for Women. India's Response to Sexual Violence and Conflict in Upheaval*, octubre de 2015.

Las dinámicas de la preferencia por el hijo varón

Los cuatro atacantes de la violación en grupo de Delhi procedían de los estados del norte, de Bihar y Uttar Pradesh, o de Rajastán, en el oeste, que tienen las peores estadísticas de violación y agresión sexual entre los estados de India. Históricamente, la violencia de género ha estado mucho más presente en estas regiones, con sus estructuras de casta y de posesión de tierras rigurosamente desiguales, con su bajo porcentaje de participación de la mujer en la fuerza de trabajo y la consiguiente baja valoración de las chicas y de las mujeres. Estos estados, que forman parte del «triángulo de las Bermudas» de la baja proporción de mujeres frente a hombres y los altos niveles de disparidad de género, han ejemplificado las normas adversas de género en el norte productor de trigo, en comparación con el sur cultivador de arroz. La investigación a lo largo de las décadas ha revelado una enorme diferencia entre las «zonas patriarcales» del norte, caracterizadas por las rígidas jerarquías de casta, el reparto desigual de la tierra y una historia de complicidad entre el Estado y los terratenientes; y los estados del sur, donde las mujeres juegan un papel importante en el cultivo del arroz, lo cual implica que se otorga un valor más alto a su trabajo y que las normas de género son menos misóginas.

La comparación entre las estructuras de parentesco y las relaciones de género del norte y del sur se ha discutido mucho desde la década de 1980¹⁰. La preferencia por el hijo varón está en el corazón de los sistemas de parentesco en el norte, lo cual se ha explicado tradicionalmente por la economía política subyacente, que valora el trabajo de los hombres mientras que desvaloriza el trabajo productivo de las mujeres. La participación de la fuerza de trabajo femenina rural en India ha declinado desde la década de 1990, en parte debido a la mecanización y al crecimiento del sector manufacturero, que ha reemplazado el tipo de trabajo que solían ejecutar las mujeres¹¹. En este contexto, la accesibilidad de la tecnología de ultrasonidos en las clínicas de planificación familiar, que

¹⁰ Acerca de esta brecha se ha especulado mucho a partir de la obra de Barbara Miller, *The Endangered Sex: Neglect of Female Children in Rural North India*, Oxford, 1981.

¹¹ N. V. Varghese, «Women and Work. An Examination of the Female Marginalization thesis in the Indian Context», *Indian Journal of Labour Economics*, vol. 34, núm. 3, 1991. Hay, por supuesto, variaciones en este esquema. En algunas zonas de Haryana, por ejemplo, las mujeres aún hacen trabajos asalariados, mientras que los varones cuidan de sus propias tierras, pero las mujeres reciben un sueldo inferior a los varones por su trabajo, lo que refuerza su posición subordinada, incluso aunque trabajen fuera del hogar.

hace posible establecer el género de un feto a tiempo de optar por el aborto, ha tenido efectos funestos en la proporción entre sexos. Desde que, en 1990, se publicara el estudio pionero de Amartya Sen sobre las «mujeres desaparecidas» de India, hay pruebas de que el ratio entre sexos ha descendido a una velocidad aún mayor¹². En 2011, el ratio de sexos de India, en el momento del nacimiento, fue la segunda más baja entre los países asiáticos, con 944 mujeres por cada 1.000 varones, siendo en China la más baja, con 926¹³. Muchos estudios han relacionado esta cuestión con las normas que aún prevalecen en el «cinturón clásico del patriarcado», que incluye el norte de África y Oriente Próximo, donde las relaciones de género se caracterizan, a grandes rasgos, por la descendencia y la herencia patrilineal, el control de la movilidad de las mujeres en la esfera pública y bajos niveles de participación de la mujer en la fuerza de trabajo. No obstante, en realidad, el ratio de sexo es más favorable (y los niveles de fertilidad mayores) en Oriente Próximo y el norte de África; y este enfoque tampoco explica por qué el ratio de sexo en la India ha estado declinando a lo largo del tiempo, o por qué, en distritos específicos, la situación parece empeorar. Estos casos parecen pedir una combinación de explicaciones estructurales y específicamente regionales. Los factores comunes que surgen de los estudios concretos sugieren que las cambiantes circunstancias socioeconómicas de las castas específicas, producidas por los desplazamientos en los patrones de la agricultura, de la posesión de la tierra y del valor del trabajo femenino, combinadas con unas exigencias cada vez mayores en lo que respecta a la dote, son las culpables principales de la selección de sexo¹⁴.

«La aversión hacia las chicas» está enraizada en los cálculos del mercado: ahora se espera que las jóvenes novias tengan un mayor nivel educativo que antes, lo que implica el gasto de las matrículas escolares; aún así, la demanda menguante del trabajo femenino, especialmente en los empleos públicos y administrativos, proporciona pocas oportunidades para recuperar esa inversión. Las exigencias sobre la dote también han aumentado,

¹² Amartya Sen, «More than 100 million women are missing», *The New York Review of Books*, 20 de diciembre de 1990.

¹³ *Census of India, Provisional Results «Gender Composition»*, 2011, censusindia.gov.in/2011-prov-results. En China, la participación de la mujer en la fuerza de trabajo ha sido siempre mayor que en India, oscilando alrededor del 64 por 100. Esta anomalía entre una elevada participación y un bajo ratio por sexo puede explicarse parcialmente por la política del hijo único, que ha conducido a una aplicación mucho más estricta de la preferencia por el hijo varón.

¹⁴ UN Women, *Sex Ratios and Gender Biased Sex Selection. History, Debates and Future Directions*, Nueva Delhi, 2014.

en paralelo a la subida del consumismo, transversal a las clases. Para los padres, una chica es una carga y una inversión ruinosa¹⁵. A partir de esta «preferencia por el hijo varón» se derivan las otras consecuencias de la jerarquía de género, desde el infanticidio femenino hasta la nutrición de peor calidad para las chicas, la peor cobertura sanitaria y la menor escolarización. De nuevo, algunos indicadores revelan una aguda distinción entre el norte y el sur, que puede ser el reflejo de diferencias históricas seculares. Por ejemplo, la tasa de alfabetización femenina en Kerala es del 92 por 100, comparada con el 51 por 100 de las mujeres de Bihar. Hay muchas más «mujeres perdidas» en el norte: según el censo de India de 2011, en Uttar Pradesh hay 858 mujeres por cada 1.000 varones, una cifra que ha empeorado a lo largo de las dos últimas décadas, mientras que Kerala tiene una ratio de sexo de 1.058 mujeres por cada 1.000 varones.

No obstante, el contraste, históricamente establecido, entre el norte y el sur, puede estar cambiando a medida que las desigualdades económicas emergentes no se conforman ya a los límites estatales; las áreas urbanas, en general, se han vuelto significativamente más ricas, mientras que en la India rural han emergido inmensas desigualdades, existiendo, por lo tanto, agudas disparidades intraestatales en los niveles de crecimiento y de desigualdad. Esto quiere decir que las jerarquías de género siguen ahora los patrones de la estratificación de clase y de casta, con el consumismo creciente y las aspiraciones personales azuzando la violencia relacionada con la dote y, posiblemente, reforzando la dominación de género dentro del hogar. Las investigadoras y activistas feministas en India han documentado la difusión de la preferencia por el hijo varón en comunidades, clases y castas a lo largo de todo el país, incluyendo el sur de India, por lo que puede decirse que la aversión a la chica ya no es meramente un «problema del norte»¹⁶. De hecho, los informes apuntan a que la selección en función del sexo comenzó en la India urbana (algunos de los peores ratios de sexo se dan en las ciudades), aunque ahora la práctica se ha extendido a muchos distritos rurales, donde se suele estudiar con más detenimiento. Si esto es cierto, algunas de las anteriores explicaciones de las prácticas patriarcales, centradas en las distinciones entre el norte y el sur, y entre sus tipos de agricultura, necesitan modificarse a la luz de la circulación de las tecnologías y de las complejas transformaciones experimentadas por las economías locales por mor de la neoliberalización, que está dando lugar a nuevas jerarquías de casta y clase.

¹⁵ *Ibid.*, p. 26.

¹⁶ *Ibid.*, p. 30.

El excedente de varones generado mediante las prácticas de aversión a los jóvenes es una tendencia demográfica en India, como lo es en China. Se estima que ambos países tendrán un excedente de unos treinta millones de varones en un plazo de veinte años¹⁷. Algunas investigaciones han expuesto que los varones, en estas sociedades «de rama yerma», buscarán «satisfacción mediante el vicio y la violencia»; el aumento de las agresiones para atrapar recursos en un entorno competitivo se volverá la norma¹⁸. Toda una clase de varones potencialmente airados, frustrados, relativamente pobres, sin educación y sin pareja puede suponer una seria amenaza a la estabilidad de una sociedad, si este grupo construye una identidad de clase que se sienta enfrentada por el «conjunto de la sociedad», como lo expresaba un texto reciente¹⁹. La aparición de «naciones de solteros» se describe como una nueva amenaza para la seguridad: el World Factbook de la CIA recoge datos del ratio de sexo por país, con la premisa de que la desproporción «puede producir inquietud entre los jóvenes varones que son incapaces de encontrar pareja»²⁰. En la película futurista *Matrubhoomi. A Nation Without Women* [Manish Jha, 2003], los desastrosos efectos del infanticidio femenino se representan mediante aldeas pobladas exclusivamente por varones.

Hay una veta de catastrofismo en muchas de las predicciones de «rama yerma». Pero el caso de Bangladesh, un país musulmán, nos muestra que la acción y el compromiso, actuando concertadamente, pueden cambiar lo que parecía ser una tendencia irreversible. Bangladesh solía compartir los patrones de parentesco con el cinturón patriarcal del norte de India, pero, a partir de la década de 1990, las estadísticas muestran un descenso regular de la discriminación de las chicas en salud y nutrición y, por consiguiente, la aparición de un descenso de la mortalidad en niñas menores de cinco años. De hecho, ahora hay muy pocas pruebas de que allí se practiquen abortos selectivos por sexo o que exista aversión a las hijas. Los expertos han apuntado que esta sorprendente pauta de comportamiento se debe al constante crecimiento económico verificado en ese país durante la década de 1990, algo que, junto con el descenso de la natalidad y el ascenso de la educación femenina, ha incrementado el

¹⁷ Andrea Den Boer y Valerie Hudson, «A surplus of men, a deficit of peace», *International Security*, vol. 26, núm. 4, 2002.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Kevin Lee, «China's problem of too many single men», *Forbes*, 13 de mayo de 2011.

²⁰ CIA *World Factbook* 2016.

valor que se otorga a las hijas²¹. Pero el factor clave parece ser el aumento de la participación femenina en la fuerza de trabajo, que en 2014 rondaba el 58 por 100, por encima de la media mundial que oscila en torno al 50 por 100, y que duplica el de India, que registra tan solo el 27 por 100²². La participación de las mujeres en el empleo público, los programas de microcréditos de las ONG y las industrias de trabajo intensivo de Bangladesh, orientadas a la exportación, ofrecen un marcado contraste con India, donde la participación de la mujer en el trabajo formal no ha conseguido incrementarse como predecían los economistas y donde no se han planteado estrategias claras que persigan revertir esa tendencia.

Uno de los aspectos más turbios de la violencia de género en India es el problema combinado de la falta de denuncias y la connivencia institucional que suprime el alcance de tales delitos. Como en otras partes, cuando los datos muestran un pico de violencia, habitualmente no está claro si esto ha sido producto de un aumento de las denuncias o si ha habido un incremento real. Las estadísticas oficiales no son fiables, no solo por el déficit de denuncias sino también debido a las prácticas de registro poco fiables y, lo que es peor, a la complicidad institucional. Un buen indicador de la prevalencia de la dominación basada en el género es la violencia doméstica, que sigue siendo aún relativamente ignorada en los estudios al respecto. Investigaciones sobre las agresiones por parte de la familia y de la pareja sentimental en India, recogidos mediante investigaciones académicas independientes e informes de ONG, revelan que están generalizadas. Un informe de 2013 concluyó que el 27 por 100 de las mujeres, en una muestra representativa a escala nacional, había experimentado violencia a manos de su pareja²³. Otra encuesta entre mujeres jóvenes en un barrio deprimido de Bangalore revelaba que el 56 por 100 de las participantes en el estudio habían sufrido violencia doméstica²⁴. Las investigadoras feministas han mostrado que dos de los principales factores –la preferencia por el hijo varón y las exigencias de la dote– son los determinantes

²¹ Naila Kabeer, Lopita Huq y Mahmud Simeen, «Diverging stories of “missing women” in South Asia. Is son preference weakening in Bangladesh?», *Feminist Economics*, vol. 20, núm. 4, 2014.

²² Véase «Labour force participation rate, female (% of female population aged 15+) (modeled ILO estimate)», en la *web* del Banco Mundial.

²³ Priya Nanda *et al.*, «Masculinity, intimate partner violence and son preference in India», *International Centre for Research on Women*, Nueva Delhi, 2014.

²⁴ Corinne Rocca *et al.*, «Challenging Assumptions about Women’s Empowerment. Social and Economic Resources and Domestic Violence among Young Married Women in Urban South India», *International Journal of Epidemiology*, vol. 38, núm. 2, 2009.

más importantes de la dominación de género en el seno del hogar y, consecuentemente, de la probabilidad de violencia. No es el tamaño de la dote lo que pone en peligro a las mujeres (eso podría proveerlas de algunos recursos financieros), sino la insatisfacción y las exigencias de la familia del marido. De hecho, en el contexto de Asia del sur hay una antigua y relativamente poco analizada inversión de dominación de género, en la que las suegras, antaño víctimas de dichas exacciones, adoptan ahora el papel clave para la perpetuación del abuso y la violencia alrededor de las exigencias de la dote. El estudio de Bangalore demostró, en cierto modo en contra de lo que se podría intuir, que la agresión estaba más extendida en los matrimonios «por amor»: mujeres que elegían casarse fuera de su casta y de su comunidad, a menudo violentando los deseos de sus padres, eran generalmente más vulnerables a la violencia doméstica, cometida no solamente por sus parejas, sino por miembros de su propia familia²⁵. Más del 56 por 100 de las mujeres que han hecho elecciones independientes sobre su matrimonio han sido golpeadas, pateadas o repudiadas por miembros de su familia. La violencia de género, en estos últimos tiempos, puede reflejar un movimiento de retroceso y resistencia contra el creciente deseo de las mujeres de elegir esposo y de resistir alguna de las antiguas formas de dominación comunitaria y parental que les ha sido impuesta.

Zonas de conflicto

Desde su independencia en 1947, el Estado indio se ha visto envuelto en un conflicto armado casi continuo con grupos insurgentes a lo largo de sus fronteras, desde Cachemira a los movimientos de autodeterminación en el noreste, pasando por los combativos maoístas rurales en los estados orientales. La proliferación de fuerzas de seguridad en esas áreas ha traído consigo un aumento de la inseguridad para las mujeres. La violencia sexual en todos estos casos es abundante, pero raras veces juzgada. Cachemira y Punjab, territorios ambos sometidos a la violencia de la partición de 1947 y, en las décadas de 1980 y 1990, a la represión por parte del Estado de los movimientos insurgentes, han visto cómo la agresión sexual se empleaba para «castigar» a las mujeres acusadas de albergar a terroristas. Las investigaciones de estos incidentes son obstaculizadas por la policía, que se niega a recoger pruebas, por médicos que se niegan a atender a las mujeres violadas y por un sistema judicial que, a menudo,

²⁵ *Ibid.*

retrasa los procesos durante cinco años o más, creando un periodo de espera peligroso y traumatizante para las víctimas y sus familias²⁶.

En 1989, una mujer acusada en Punjab de proteger a terroristas en su casa fue detenida y violada en su celda. Cuando denunció el hecho, los médicos se negaron a examinarla. El proceso penal duró casi ocho años y requirió ochenta vistas ante el tribunal, tiempo durante el cual ella estuvo obligada a vivir oculta, mientras la policía incendiaba su casa y aco-saba a su familia²⁷. Cuando Cachemira fue declarada «área conflictiva» en 1990, el Decreto de Poderes Especiales para las Fuerzas Armadas (Jammu y Cachemira) otorgó a los oficiales militares una licencia sin precedentes para allanar, buscar y detener sin orden judicial, usando la fuerza «hasta llegar incluso al punto de la muerte». En 1991, las fuerzas armadas acordonaron dos aldeas en el noroeste de Cachemira y sacaron de allí a los hombres mientras que los soldados, apesando a alcohol según los relatos, violaban colectivamente a las mujeres. A pesar de «toda una aldea llena de testigos oculares», por no hablar de las ropas desgarradas, las botellas tiradas etcétera, la policía cerró el caso alegando «falta de pruebas».

El Decreto de las Fuerzas Armadas (Poderes Especiales) de 1958, en su momento diseñado para legitimar la represión de los «disturbios» de Nagaland, ha proporcionado desde entonces el marco legal para las operaciones contrainsurgentes en los Estados del noreste como Assam, Megalaya, Tripura, Mizoram y Arunachal Pradesh. El Decreto también ofrece impunidad para las violaciones de mujeres por parte de las fuerzas armadas a lo largo de esa región. En julio de 2004 una joven, Thangjam Manorama, fue secuestrada, violada y asesinada por las fuerzas de seguridad indias, que alegaban que ella era miembro del clandestino Ejército de Liberación Popular. Este incidente fue lo que soliviantó la notable acción de protesta de varias mujeres de Manipur, que se plantaron desnudas ante la base del Ejército Indio en Manipur, con una pancarta que decía: «Ejército indio, ¡viólanos!». En comparación con Cachemira, donde las violaciones de los derechos humanos por parte del ejército indio son generalizadas, pero están relativamente bien documentadas, las operaciones militares en el noreste están protegidas por un espeso velo de silencio. La resultante cultura de la impunidad ha permitido que

²⁶ International Human Rights Clinic, UC Berkeley, School of Law, *Access to Justice for Women. India's Response to Sexual Violence and Conflict in Upheaval*, cit., p. 31.

²⁷ *Ibid.*, p. 21.

las agresiones sexuales proliferen, ahondando en el silencio que rodea a la violencia de género dentro de las comunidades tribales, generalmente clanes. En 2014, el cadáver de una joven perteneciente a una tribu de la zona oriental de las montañas de Garo, en Megalaya, se encontró decapitado, quemado y desnudo, habiendo sido violada presuntamente por su padrastro a lo largo de un año; no se inició procesamiento alguno. La región ha conocido igualmente un incremento de las violaciones en grupo, pero las tasas de condena siguen siendo descorazonadoramente bajas. Los mecanismos son similares: la vergüenza y las sanciones comunitarias para las familias de las mujeres violadas refuerzan la impunidad de la que disfrutaban los varones de la región. Los efectos combinados de una contransurgencia brutal, que hoy en día forma parte del tejido de la vida cotidiana, con la resistencia militante y las escasas oportunidades económicas, han creado un ambiente en el que la violencia sexual, el tráfico y el abuso sistemático son endémicos. La tasa de abandono de los estudios de secundaria en Megalaya es de un 59 por 100, puesto que los chicos son reclutados a la fuerza en la resistencia, mientras que las chicas son obligadas a la prostitución para dar servicio a las tropas. La violencia en la región ha creado un efecto amplificador, alimentando nociones perversas de justicia y moral: el año pasado, doce chicas adolescentes fueron secuestradas y torturadas por «activistas» debido a su implicación en el comercio sexual²⁸.

Los hilos rojos que enlazan estos diferentes episodios, ya sea en el contexto de las guerras entre castas, de la movilidad urbana o de la ocupación militar, son la impunidad de las fuerzas de seguridad indias y un sistema legal que infaliblemente ignora a las víctimas femeninas. La apropiación en gran medida de las burocracias locales y de las fuerzas policiales por parte de las castas medias y superiores, ha tenido efectos punitivos sobre las mujeres de las comunidades marginadas, como las mujeres tribales o las mujeres *dalit*. Pero el problema tiene raíces más profundas. La acusación global que Pratiksha Baxi ha lanzado sobre el sistema legal indio ha revelado la profunda complicidad de las autoridades con los perpetradores de la violencia de género²⁹. Sus estudios etnográficos de los juicios por violación muestran cómo el lenguaje de los tribunales esconde la violencia real, debido a los guiones y las convenciones que

²⁸ Meera Vijayann, «A dangerous silence in the Northeast», *Open Democracy*, 10 de abril de 2015.

²⁹ Pratiksha Baxi, *Public Secrets of Law. Rape Trials in India*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

se espera que adopten las víctimas y a la manera en la que la violencia se expurga del registro escrito. Los casos que consiguen atravesar el sistema legal son sometidos a una purga adicional, elevando los requisitos por los que determinados tipos de pruebas pueden admitirse y tenerse en cuenta ante el tribunal. Los informes médicos o los certificados falsos se admiten regularmente, las afirmaciones de los acusados pocas veces son cuestionadas con un mínimo de rigor y, con regularidad, la historia sexual pasada es admitida como un factor atenuante en el tribunal.

Masculinidad y aspiraciones

El excedente en aumento de jóvenes varones indios sin posibilidad de empleo se erige como un contraste paradójico de la glorificación cultural de la masculinidad, que afirma la celebración del nacimiento de un hijo varón, el culto a los deportes masculinos y la persistencia de los privilegios masculinos en la esfera pública. Los ideales indios de la masculinidad se han desplazado a medida que el ascetismo gandhiano del que originalmente se apropió el nacionalismo hindú era claramente rechazado por la nueva India. Los estudios sobre el cuerpo masculino «ideal» en la era de la lucha por la independencia apunta a que las emisiones sexuales y, por lo tanto, el sexo mismo, se veían como algo que consumía las energías del varón hindú, dejándolo impotente ante la invasión colonial³⁰. Sucumbir a los deseos debilitaba el propio cuerpo así como el cuerpo político; la lujuria era «sucia», «caótica» y peligrosa. En su asociación del cuerpo sexual con el poder y la gloria nacional, los idealistas hindúes no eran muy diferentes del resto de los líderes políticos de otras tierras, que definían la hombría como una condición previa de la potencia política y del liderazgo; aquí, sin embargo, al menos en la teoría, no era en las proezas sexuales, sino en la abstinencia donde residía la clave del poder.

A partir de la década de 1980, la predominancia del PPI y de sus ideologías cambiantes han encarnado las contradicciones del varón hindú ideal en una era de consumismo y hedonismo occidental. Mientras que la vieja guardia del PPI, principalmente aquellos afiliados en la militante AVN, aún defendía la tradición ascética, las masas parecen haber rechazado el supuesto ideal gandhiano de la autosuficiencia,

³⁰ Joseph Alter, «Celibacy, sexuality, and the transformation of gender into nationalism in India», *Journal of Asian Studies*, vol. 53, núm. 1, 1994.

el celibato y la retención de semen. Para la nueva clase media urbana india, el hedonismo, el *voyeurismo* y las habilidades sexuales se presentan eternamente blasonadas sobre las vallas publicitarias de tamaño desmesurado que adornan las ciudades y las autopistas, en las películas y, no en menor medida, en una vasta cantidad de pornografía. India es el quinto consumidor mundial de porno *on line*, lo que no constituye una sorpresa, dado el tamaño de su población, aunque hay que tener también en cuenta la conectividad relativamente pobre de la India rural si la comparamos, por ejemplo, con China³¹. Todo esto apunta a una descarga de energía libidinal tras décadas de mojigatería, salpimentada únicamente por las pocas ocasiones en las que se atisbaba algo de carne en las películas de Bollywood. Esta «libertad» sexual, sin embargo, no se caracteriza únicamente por agudas desigualdades de género, reforzadas por la dominación étnica y de casta, sino que se ha producido también una reacción feroz, que es directamente amenazadora para las mujeres. El codiciado cuerpo masculino, curtido en el gimnasio, con gustos consumistas distintivamente occidentales (whisky, cigarrillos, coches rápidos) figura ostentosamente en las vallas publicitarias de la ciudad, animando a los hombres a participar de esa imagen, siquiera de manera vicaria. Para el excedente masculino de India, esas fantasías, inflamadas por el licor de garrafa, se amalgaman con la movilidad frustrada y con otras variantes del deseo de clase. Es de destacar que uno de los cuatro participantes en la violación en grupo de Delhi es un monitor de gimnasio, una ocupación con ínfulas, pero mal pagada, dentro del sector servicios, cada vez mayor en India, que se alimenta de la nueva obsesión por el cuerpo. Borrachos de alcohol barato, los cuatro hombres viajaban por la ciudad en uno de los pequeños autobuses irregulares que atiborran las calles. Su sádica orgía, durante la cual la joven mujer fue agredida con una barra de hierro oxidada, parecía encapsular la locura de la nueva indulgencia; la agresión, pulida históricamente, canalizada en una nueva capacidad de desatar la violencia en la ciudad anómica, despiadada. Cuando Jyoti Singh fue arrojada del autobús, parcialmente destripada y medio desnuda, los viandantes se resistieron a ayudarla, como si la naturaleza sexual del delito pudiera mancharlos.

³¹ Tampoco es algo exclusivo de los consumidores varones: Sunny Leone, una antigua estrella del porno y ahora escritora de novelas para adultos dirigidas a las mujeres, es el nombre más buscado en Google en India; su novela corta fue difundida por una editorial especializada en el género a través de los teléfonos móviles, por primera vez en el subcontinente.

The Lancet informa que una de cada cinco mujeres en todo el mundo experimenta alguna forma de violencia sexual, pero no podemos saber cuánto revela u oculta esta cifra³². Hay diferentes definiciones de violación según los países y ello afecta a cómo se manejan los datos. Por ejemplo, en India, la violación dentro del matrimonio no es un delito; la Sección 375 del Código Penal indio afirma explícitamente que «el acto sexual de un hombre con su propia mujer, siempre que la mujer no sea menor de quince años, no es violación». Como hemos visto, una paradoja de las estadísticas es que pueden servir como barómetros de la confianza y la resolución de la mujer, de manera que el incremento de denuncias de violación puede reflejar modificaciones en las normas de género. En Sudáfrica, por ejemplo, aunque se considera que la violencia sexual está en niveles de epidemia, perpetuada en partes iguales por la cultura juvenil gansteril y por la costumbre rural de cazar novias, el aumento estadístico en las violaciones denunciadas puede atribuirse parcialmente al régimen *posapartheid*, bajo el cual las mujeres negras se sintieron algo más seguras a la hora de denunciar delitos sexuales. La evidencia apunta a que las agresiones eran endémicas durante el periodo del *apartheid*, cuando el periódico más popular de Johannesburgo, *The Star*, informaba de veinte o treinta violaciones cada fin de semana en Soweto. La desconfianza hacia la policía durante esa época impedía que emergiera la amplitud real, por lo que la mayoría de las cifras de ese periodo son meras estimaciones. Sin embargo, las activistas feministas, tanto en India como en Sudáfrica, han argumentado que la violencia sexual aún se internaliza como normal por parte de sus víctimas y que, por lo tanto, no es probable que se denuncie; la investigación local respalda esta conclusión. Mientras que un informe de 1999 acerca de Johannesburgo, Cape Town y Durban establecía que el 71 por 100 de las mujeres habían experimentado «actividad sexual forzada», otro estudio realizado en el sur de Johannesburgo mostraba que el 59 por 100 de las mujeres pensaban que un hombre sexualmente violento era más poderoso y que el 27 por 100 de las jóvenes pensaban que el sexo forzado no era violencia sexual³³.

³² Sarah Venis y Richard Horton, «Violence against women. A global burden», *The Lancet*, 6 de abril de 2002.

³³ Sandra Bollen et al., *Violence against Women in Metropolitan South Africa. A Study on Impact and Service Delivery*, monográfico núm. 41, Institute for Security Studies, Pretoria, 1999; Romi Sigsworth, «Anyone can be a rapist: An overview of sexual violence in Africa», *Centre for the Study of Violence and Reconciliation*, 2009.

Las feministas sudafricanas han cuestionado hasta qué punto los varones de clase obrera, en particular, han sido aún más despojados de sus derechos con la redefinición de los roles de géneros y de las ideologías patriarcales que han sobrevenido junto con el fin del *apartheid*. Allí, las masculinidades emergentes han sido claramente moldeadas por las nuevas formas de violencia callejera y gansteril, siguiendo las coerciones cotidianas del *apartheid* y superpuestas a la celebración de la resistencia y radicalización de los jóvenes varones después de la rebelión de Soweto. Como ocurre con las guerras entre castas y con la violencia étnico religiosa en India, la investigación sudafricana destaca la manifestación «en tiempos de paz» de las dinámicas de la violación en grupo en momentos de transición social y lucha política. El entorno brutal del racismo y la experiencia de la violencia entre los jóvenes varones de Soweto se asocian con un estilo de masculinidad encarnado en el *tsotsi*, una figura que a la vez es antisistema y desprecia el trabajo manual, y que impone su poder mediante el control sexual. Durante la década de 1980, el secuestro y retención de mujeres en Soweto fue una práctica habitual. En los asentamientos urbanos contemporáneos, el «*streamlining*» [violación en serie por parte de un grupo de varones de la pareja o ex pareja de uno de ellos] es una forma de violación que aparentemente se orienta a transmitir un mensaje a las mujeres «estiradas» o pretenciosas o, incluso, una manera de romper con una antigua novia. Si la violación es siempre performativa, en estos ejemplos su función simbólica se dirige a infundir sentido no solamente a la víctima, sino a los amigos y los enemigos. Pero dichos rituales de masculinidad no se restringen a los varones de clase obrera o a los miembros de las bandas callejeras; son frecuentes entre los varones blancos de clase media en las fraternidades de las universidades estadounidenses. Las recientes protestas en Brasil contra las violaciones en grupo urbanas apuntan a una dimensión similar.

Políticas de representación

La cobertura mediática occidental de la violación en grupo de Delhi (los comentaristas se apresuraron a condenar los sufrimientos de la mujer en este «vasto y misógino país»³⁴) atrajeron una reacción defensiva por parte de la avergonzada clase media india; las reacciones globales ante la atrocidad amenazaban con mancillar la imagen, cuidadosamente

³⁴ Claire Cohen, «Delhi Gang-Rape Film. The haunting faces of India's hidden women were revealed at last», *Daily Telegraph*, 5 de marzo de 2015.

cultivada por India, de un país BRIC en alza. Sin duda, la política de la representación de este relato fue enormemente selectiva acerca de qué naciones se colocaban bajo los focos, con la mayoría de la cobertura eligiendo ignorar la omnipresencia global de la violación³⁵. La denuncia que hace Leslee Udwin de la tolerancia cultural a la violación en el subcontinente, expuesta en su película *India's Daughter* (2015), fue también desdeñada por algunas feministas indias como un intento por parte de las «mujeres blancas de rescatar a las mujeres morenas»: criticaron la mentalidad colonial que caracteriza a los hombres morenos como depredadores y a las mujeres morenas como víctimas. Sin embargo, esta mirada puede revertirse: sólo tenemos que fijarnos en las actividades depredadoras del antiguo director del FMI, Dominique Strauss-Kahn. Chandra Talpade Mohanty ha apuntado una crítica más incisiva de la perspectiva del «salvador occidental», mostrando que construye un sujeto femenino tercermundista unitario que es, por encima de todo, una víctima del patriarcado; esto, a su vez, sirve para construir un sujeto feminista occidental que está liberado, libre de limitaciones, que es agente de su propio destino. En lugar de ello, Mohanty ha propuesto una comprensión materialista de la subordinación y de la violencia de género en el contexto de la economía política global y de la división de género del trabajo³⁶.

Hay pruebas de una resistencia feminista mucho más generalizada en India, a menudo alejada de los movimientos urbanos y de clase media, que se manifestó tras la violación en grupo de Delhi. Las protestas desnudas en el exterior de los cuarteles del regimiento 17 de los Assam Rifles, tras el asesinato de Thangjam Manorama, forman parte de un movimiento de mujeres más amplio. Las mujeres rurales *dalit*, en Uttar Pradesh y Bihar, organizan un semanario en su lengua local, *Khabar Lahariya*, que da publicidad a las violaciones y a la violencia doméstica en su área. Como apunta la perspectiva de Mohanty, la violencia de género está íntimamente ligada a las transformaciones culturales y estructurales de India a lo largo de las últimas dos décadas, con sus amenazas percibidas a las formas establecidas de la dominación masculina y la intensificación de las rivalidades y frustraciones. La cuestión ahora ya no es si la violencia de género es peor en esta parte o tal otra del mundo, sino si podemos aprehender adecuadamente las formas en las que la

³⁵ World Health Organization, *Global and Regional Estimates of Sexual Violence against Women*, Ginebra, 2013.

³⁶ Chandra Talpade Mohanty, «Under western eyes. Feminist scholarship and colonial discourses», *Boundary 2*, vol. 12, núm. 1, 1984.

economía política global de la violencia sexual se manifiesta en lugares particulares de maneras particulares.

Ya sea en la transición desde el desarrollismo nehruviano a la economía neoliberal, o del *apartheid* al régimen (igualmente neoliberal) del ANC, la dominación masculina se perpetúa en formas nuevas. Los cuerpos de las mujeres son aún el terreno donde se pueden librar las batallas por el poder, ya se les castigue mediante el estigma de la violencia, o se les reclame como botín arrebatado al enemigo. Esto es, en parte, lo que Veena Das denomina «el contrato sexualizado»³⁷. La violencia de estas transiciones y de las desigualdades materiales que implican, se relaciona estrechamente con la violencia de la agresión sexual. Discutiendo la relativa estasis del orden sexual en *La dominación masculina*, Bourdieu plantea la cuestión de qué mecanismos históricos eran responsables de la aparente deshistorización de la división sexual, y apunta a la «labor de eternización» asumida por instituciones como la familia, la religión organizada, los medios de comunicación y el Estado. Devolver la relación entre los sexos «a la acción histórica» implicaría, como objetivo inmediato, «neutralizar los mecanismos de la neutralización de la historia», que eternizaba los cuerpos sexuados y el orden social y político en el que están situados. Esto implicaría emprender una lucha por una reforma integral mediante la acción colectiva, que contrastaría tanto con la resignación que promueven las nociones esencialistas de la diferencia, como con la resistencia limitada a actos discursivos individuales³⁸. Si queremos desafiar la persistencia de la violencia de género, este es quizá el mejor camino que podemos tomar.

³⁷ Veena Das, «Violence, gender and subjectivity», *Annual Review of Anthropology*, vol. 37, 2008.

³⁸ Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, París, 1998 [ed. cast.: *La dominación masculina*, Barcelona, 2000].